

La inteligencia emocional y el libro

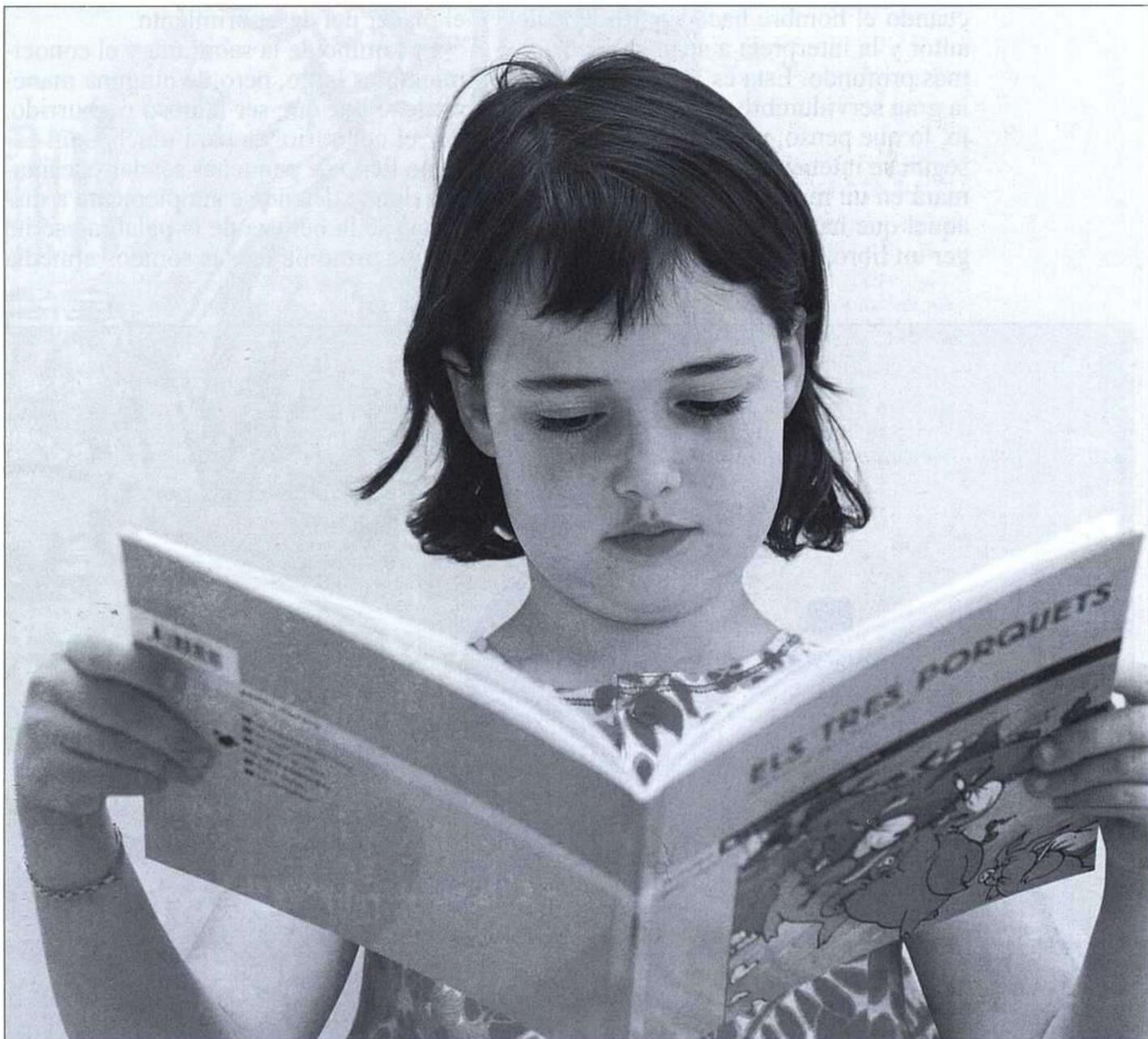
Lourdes Huanqui*

Desde finales del siglo xx, los conceptos relativos a la inteligencia han sufrido un importante cambio porque la actitud frente a los estrictos, duros e inapelables Coeficientes de Inteligencia se ha reconsiderado y se los ha reemplazado por otros en los que la Inteligencia Sentimental o Emocional adquiere mayor relieve. Estos nuevos conceptos sitúan a la inteligencia al servicio de los sentimientos ya que, según se afirma, nuestra realidad arranca de la afectividad y sólo los deseos y aspiraciones llevan a la inteligencia hacia la objetividad y la razón, porque así lo exigen nuestros sueños.

Estos intentos de integrar a la inteligencia en la afectividad deberían llevarnos a buscar una educación emocional que obligue a revisar los viejos esquemas que tantas veces crean rigideces en los procesos educativos y relegan a segundo plano y desperdician cualidades e inclinaciones que podrían ser de especial utilidad en lo que concierne al libro y la literatura.

Hacia el ocio creativo

La configuración de los modos de la sociedad futura exigirá, a la par que asistimos al imparable progreso de la ciencia y de la técnica, un planteamiento diferente, el cual pasa, entre otras innovaciones, por el avance de la cultura



ANA PEYRÍ.

del ocio, al disminuir paulatinamente la necesidad de una fuerza trabajadora. Dichos planteamientos han de pasar también por la recuperación del tiempo perdido en el frenesí, la prisa, la acumulación de actividades y responsabilidades, tiempo robado a la conversación, al ensueño, al contemplar y, sobre todo, al leer. Es evidente, sin embargo, que la cultura del ocio, como tal, deberá dirigirse hacia el ocio creativo, el ocio de calidad, el ocio imaginativo y nada mejor para ello que el cultivo del espíritu, la fantasía y el sentimiento; ¿y qué mejor que hacerlo a través de ese libro que escribimos a medias con el autor cada vez que cogemos un ejemplar en nuestras manos? No importa que el mensaje que envía el autor no coincida exactamente con el pensamiento del lector, hay siempre un momento feliz, cuando el hombre hace suya la voz del autor y la interpreta a solas desde su yo más profundo. Ésta es al mismo tiempo la gran servidumbre del autor: lo que dijo, lo que pensó, no será nunca pensado según su intención, sino que se transformará en un mundo nuevo, propiedad de aquel que ha seguido el impulso de coger un libro, ese libro, en sus manos. El

lector crea sus propias imágenes, a despecho de la intención del autor, y descubre a menudo en el libro lo que él mismo aporta.

La imaginación, la creatividad y la curiosidad son facultades que van naturalmente unidas a la infancia pero, como todas las facultades del alma, dependen de cuánto se las fomente para su enriquecimiento e incluso para su mera conservación. Cuidar y mimar esas facultades de tal manera que se lleven siempre a flor de piel propiciará el acceso constante al mundo de la belleza, de los placeres del espíritu y, finalmente, a la consecución del conocimiento en la búsqueda de la verdad. Estas consideraciones ponen de manifiesto la responsabilidad de aprovechar el momento receptivo por excelencia —la infancia— para fomentar en el niño la curiosidad, el amor a la libertad, el placer del descubrimiento.

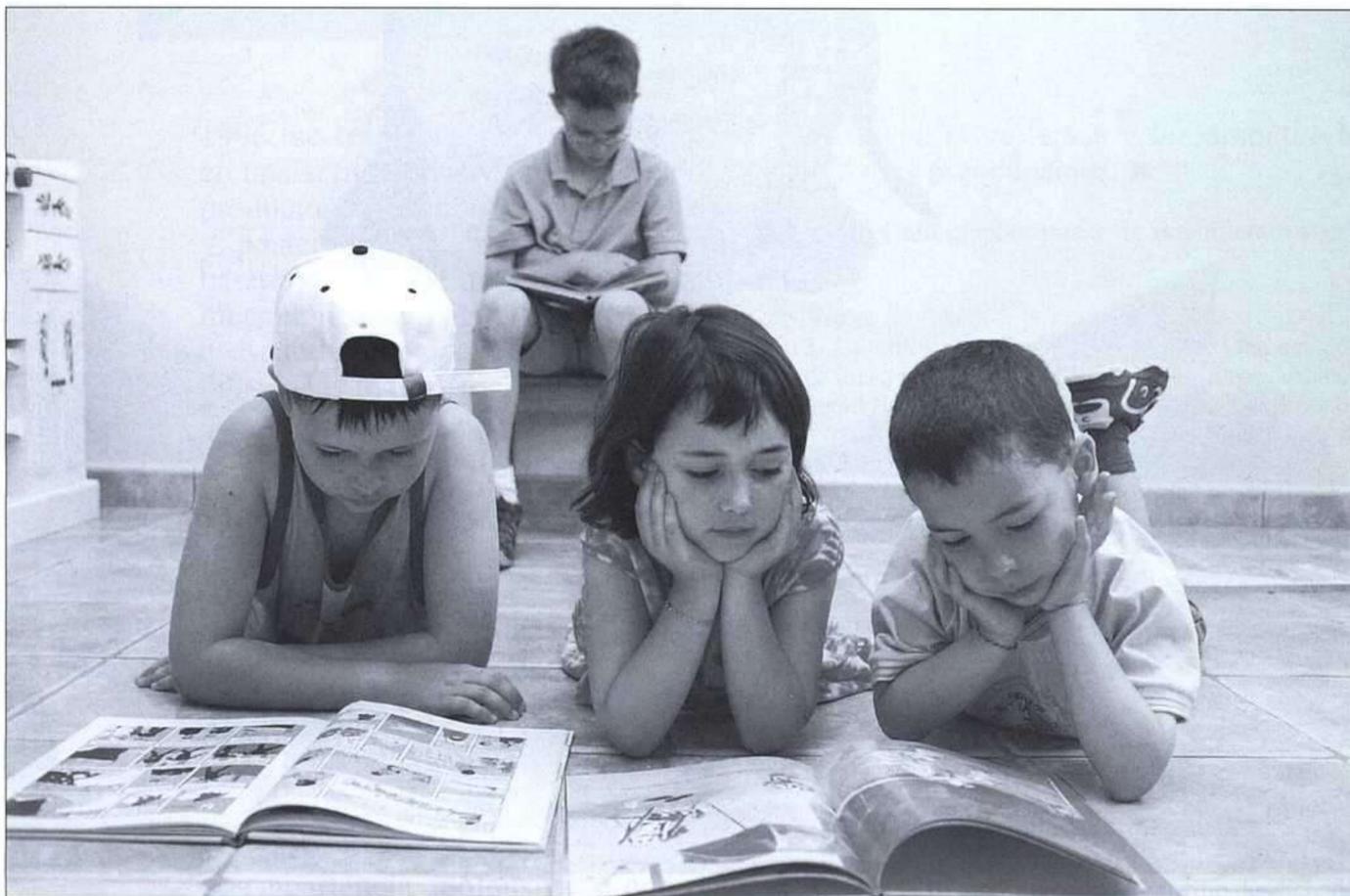
El camino de la sabiduría y el conocimiento es largo, pero de ninguna manera tiene por qué ser tedioso o aburrido. Por el contrario, es para muchos un camino lleno de pequeñas sendas encantadas donde detenerse simplemente a disfrutar de la belleza de la palabra escrita y de la armonía de sus sonidos a media

voz. Pero el que así lo sea y el que el hombre consiga su perfeccionamiento intelectual dependerá de los hábitos que establezca en sus primeros años de vida, y debido a que es evidente que ningún proceso educativo se improvisa, es muy importante que los padres también asuman su condición de educadores. Corresponde a éstos y a aquellos que han aprendido a disfrutar con el sonido de la palabra escrita, propiciar en los niños los aspectos lúdicos del hecho de leer, porque todo aquello que no se les dé en sus primeros años será una carencia en su vida de adultos. Intentar tener una sociedad abierta a la dicha y a la alegría de vivir —lo que indudablemente redundará en una sociedad más justa y solidaria— requerirá cuidar de los aspectos pequeños —o acaso grandes— de la educación de sus niños, tales como el acceder a la magia de la belleza, el aprender a disfrutar con un libro, con un cuadro, con una melodía, con una puesta de sol, con una sonrisa.

La necesidad de literatura

Se habla siempre de la importancia del aprendizaje de la literatura o de la palabra escrita en el enriquecimiento intelectual del ser humano. Tradicionalmente y desde tiempo inmemorial, la humanidad ha encontrado en dicho aprendizaje la respuesta a su búsqueda de la belleza y del conocimiento. Siendo así que la literatura es todas estas respuestas, la responsabilidad de transmitirla a los niños es casi una necesidad. Los padres y maestros, en su condición de educadores, aparte de ser lectores entregados, tendrán que transmitir a los niños su amor y deleite por el libro, confiando en que el amor, hermosa enfermedad, sea no sólo incurable, sino también contagiosa, recordando siempre que una obra literaria, una obra de arte, no es nada hasta que es reinterpretada por un lector, un lector que no vacile en dejar la puerta abierta al sentimiento, porque sin un lector comprometido no hay literatura y porque un libro será siempre el encuentro feliz y absoluto del hombre consigo mismo. ■

***Lourdes Huanqui** es escritora



ANA PEYRI.